CAPÍTULO V.

LA CONQUISTA—ALIANZAS Y BATALLAS—LA NOCHE TRISTE—CAIDA DEL IMPERIO AZTECA.

A GRANDES rasgos, como lo exige la índole de este libro, aunque sin omitir nada de lo principal, hemos descrito la civilización é historia pre-colombinas de las razas que habitaron el actual territorio mexicano, hasta el momento providencial y por siempre memorable en los anales históricos, en que las naves del Viejo Mundo surcaron las aguas de Tabasco y Veracruz. Vamos ahora á reseñar con igual método la historia maravillosa de la conquista, la decadencia de esas razas, la iluminación del cielo del Anáhuac por el sol del cristianismo, y á hojear con idéntica rapidez las páginas, á menudo brillantes, del México independiente.

El esfuerzo de síntesis que hacemos, nos garantiza la complacencia del lector que no experimentará el cansancio de las lecturas difusas, plagadas de digresiones.

El año de 1517 partió del puerto de la Habana Francisco Hernández de Córdoba, con mando de ciento diez soldados, con el objeto de buscar islas por el Occidente á fin de cambiar baratijas europeas, especialmente cuentas de vidrio, por oro, tráfico que anhelaban sobremanera los españoles expedicionarios de aquella época. A principios de Marzo llegaron al cabo oriental de Yucatán, siendo ese el día del verdadero descubrimiento del continente. Después de dos encuentros que tuvieron con los indios de la costa, volvieron á Cuba, no sin llevar oro que robaron en un templo yucateco.

Diego Velázquez, Gobernador á la sazón de Cuba, excitado por la descripción que los soldados hacían de la riqueza, hermosura y grandiosidad del país que acababan de descubrir, armó una flota de cuatro buques con doscientos cuarenta hombres capitaneados por Juan Grijalva, quien tocó Yucatán y San Juan de Ulúa, hizo comercio con los indios por valor de diez mil pesos oro, costeó después hasta el río Pánuco y regresó á Cuba. Entretanto el emperador Motecuhzoma, que como hemos visto ocupaba el trono en aquellos días, tuvo aviso de las embarcaciones y hombres que habían llegado á la costa, el cual le fué dado por sus gobernadores en ella, quienes para explicar mejor el hecho, hicieron pintar en una tela la representación de los buques y soldados, mostrándola al emperador. De la conferencia que éste tuvo con señores, nobles y sacerdotes sabios, resultó que el jefe de aquella armada debía ser Quetzalcoatl, el dios del aire, que según sus profecías debía volver á gobernar estos reinos. Envió Motecuhzoma una embajada portadora de ricos presentes; mas cuando llegó á la costa los españoles habían emprendido el viaje de regreso á Cuba.

El Cacique de Tabasco regala á Cortés veinte esclavas, entre ellas la célebre Doña Marina.

Entusiasmado Velázquez por el oro que condujo Grijalva, determinó organizar una escuadra mayor, cuyo mando confió por consejo de su confidente á Fernando ó Hernán Cortés, nacido en Medellín, provincia de Estremadura, de nobles padres, en 1485. La elección de capitán fué muy bien recibida en Cuba, porque era Cortés hombre de grandes alientos, de inteligencia superior y excepcional don de gobierno. Ayudó Cortés con sus bienes á la formación de la escuadra, y aunque Velázquez se arrepintió del nombramiento, y mandó aprehender á Cortés, éste que ya todo lo tenía listo, zarpó del puerto de Ajaruco (hoy Habana), el 10 de Febrero de 1519, al mando de once bajeles, que conducían cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes. Navegaron bajo la dirección del piloto Alaminos hasta la isla de Cozumel, donde recogieron á Jerónimo de Aguilar, diácono español que habiendo naufragado hacía algún tiempo y sido aventado por el mar á estas costas, fué hecho esclavo por los yucatecos. Aguilar poseía ya la lengua maya, lo que fué de gran utilidad para los españoles.

Costeando la península de Yucatán, se internó Cortés por el río Chiapa á la provincia de Tabasco, donde desembarcó con sus soldados dirigiéndose á una ciudad no distante. Después de ligeras escaramuzas, libraron con los indígenas, organizados en gran número, batalla formal, en que los tabasqueños perdieron 800 hombres, muertos bajo el fuego y la espada de los españoles. Dueños éstos del lugar, fundaron ahí la ciudad de la *Virgen de la Victoria*, que desapareció á mediados del siglo XVII.

Cortés tomó posesión de la tierra solemnemente en nombre del rey de España, y recibió de los indios varios regalos, entre ellos veinte esclavas que distribuyó entre la tropa. Del número de ellas fué la famosa india Malintzin, de quien ya hicimos memoria al hablar de la fundación de Tlaxcala, cerca de la gran montaña que hoy tiene ese nombre. Una serie de aventuras habían llevado á aquella providencial mujer, de origen mexicano, á aquel remoto país. La hermosa joven, de gran corazón y gran inteligencia, instruída rápidamente en la religión y lengua de los españoles, fué de inmenso valor para la empresa de la conquista. Cortés lo adivinó así desde luego, y habiéndose adueñado de su corazón, dejóse guiar de los consejos de Malintzin en las circunstancias más difíciles y peligrosas, que salvó merced á ellos. Bautizada Malintzin, recibió el nombre cristiano de Marina, con que es conocida en la historia. Tuvo un hijo del Conquistador llamado Martín Cortés, que en 1568 fué atormentado en México por el juez Muñoz, sospechoso de una conspiración.

De Tabasco se dirigió la flota á Chalchiuhcuecan, hoy Veracruz, á cuyas aguas llegó el 21 de Abril de 1519. Inmediatamente enviaron los mexicanos una embajada, que ocupó dos canoas, al Capitán, con el objeto de investigar el de su viaje y ofrecerle recursos para continuarlo. Cortés los recibió afablemente, y por conducto de Doña Marina y de Aguilar, les manifestó que el fin que traía era comerciar y hablar con el rey de ellos acerca de asuntos de gran importancia. En seguida les dió á beber vino español y les regaló objetos vistosos. Al cuarto día desembarcaron los españoles trayendo á tierra sus caballos y artillería, y recibieron luego la visita de Teuhtlile y Cuitlalpitoc, gobernadores de las provincias comarcanas, á quienes invitó Cortés á comer y habló durante la comida del Emperador Carlos V, su poder, su grandeza, y de la misión que le había confiado de visitar al rey de estos países y tratar

con él asuntos de gran interés. Los aludidos gobernadores regalaron á Cortés alhajas de oro, vestidos de algodón y mosaicos de pluma. Habiendo observado Cortés que Teuhtlile había traído pintores mexicanos para que tomaran nota de cuanto veían, y enviar las pinturas á Motecuhzoma, ordenó que la caballería corriera á toda brida por la playa y que se dispararan á un tiempo todos los cañones, lo cual causó grande asombro á los indígenas. En seguida partió Teuhtlile para hacer saber al rey lo acaecido y dejó entre los españoles á Cuitlalpitoc, á fin de que los atendiese.

Motecuhzoma se mostró maravillado de las noticias; consultó con los oráculos, y éstos, es decir, los sacerdotes, resolvieron que no permitiese el viaje de los españoles á la capital. Tal fué la contestación que recibió Cortés, acompañada de valiosos presentes. Y no fué ésta la última correspondencia entre el Conquistador y el rey de México, á quien envió aquel presentes y nuevas noticias de que pasaría á visitarlo. Motecuhzoma correspondió el regalo espléndidamente; pero insistió por medio de sus mensajeros en que prescindiera Cortés de su visita.

Cuando los mexicanos que asistían á los españoles los abandonaron, por orden sin duda del rey de México, se presentaron en el campamento de Cortés otros indígenas, que por su vestido, fisonomía y habla mostraban ser de otra nación. Eran, en efecto, de la tribu totonaca, tributaria á la sazón de los mexicanos, cuya tiranía pesaba sobre ella horriblemente. Habían sabido la prodigiosa victoria alcanzada por Cortés en Tabasco, y venían á ofrecerle la amistad de los totonacas y á invitarlo á pasar á Cempoala, no muy distante del campamento, donde sería recibido dignamente. No podía pasar inadvertida al genio político de Cortés la fácil oportunidad que la presión sufrida por los totonacas presentaba para una alianza que era urgente, dada la actitud hostil y el poderío de Motecuhzoma. Así es que prometió ir en seguida á Cempoala, como lo verificó, no sin haberse asegurado antes de la sinceridad de los totonaca.

Recibido en Cempoala espléndidamente, incensado por el cacique (conocido en la historia con el sobrenombre de *Gordo*, por su extremada obesidad, que aun andar le impedía), trató de ponderar la grandeza del soberano español, y de fijar en el ánimo de aquellas gentes que él lo había enviado con el objeto de prestar defensa á los pueblos oprimidos, por lo que estaba en disposición de ayudar á los totonaca. Muy animados se mostraron éstos con aquel poderoso auxilio nunca imaginado, y extremaron sus obsequios para Cortés.

Pasó en seguida á Quiahuiztla, de la misma provincia, y ahí supo sacar también de su ingenio político gran provecho. Llegaron á la población cinco recaudadores mexicanos con el fin de recoger el tributo de aquellos pueblos para el emperador. Debido á sugestiones de Cortés negáronse los caciques á pagar el tributo, y pusieron presos á dos de los recaudadores. Por la noche hizo Cortés que dos soldados suyos que hacían la guardia en la cárcel dejaran ir libres á los mexicanos, y á otro día mostróse indignadísimo contra los guardias y aun simuló castigarlos. Para que no sucediera otro tanto con los tres recaudadores que quedaban, ordenó que fueran conducidos á los buques, de donde, por supuesto, los mandó poner en libertad. De esta manera se obtuvo al mismo tiempo la amistad de los totonaca y la gratitud del rey de México, que al saber cómo sus ministros habían escapado la vida merced á Cortés, le envió una embajada con nuevos regalos.

Mas antes de pasar adelante, debemos advertir que Cortés, á fin de consolidar su autoridad y hallarla eficaz en las grandes empresas que concebía, promovió la elección popular de un jefe de la colonia que revistiera en representación del rey, la Suprema Magistratura política y militar. La elección recayó en él, quedando por ese hecho desligado de la autoridad de Diego Velázquez.

Volvieron los españoles al sitio en que habían desembarcado y ahí, con ayuda de los totonacas, edificaron rápidamente un caserío para la colonia y un fuerte para resistir las invasiones de los mexicanos. En seguida escribió Cortés una larga epístola al emperador Carlos V, dándole parte de cuanto había ocurrido, pidiéndole que rectificara lo hecho, y que aceptara los obsequios que le enviaba y que consistían en cuanto oro y demás presentes había recibido. Despachado que fué un bajel con el portador de la carta y regalos, concibió Cortés el atrevido pensamiento que lo ha hecho inmortal, y cuya osadía no tiene semejante en la historia. Para obligar á los suyos á vencer ó morir, sin la esperanza de la retirada, y no obstante la grandeza y poderío de las naciones con que iba á luchar, en continente del todo desconocido, mandó barrenar y echar á pique las embarcaciones después de haber extraído de ellas la clavazón, velas, jarcias y demás objetos que juzgó útiles.

En seguida dispuso el viaje á México guiado por los cempoaltecas, eligiendo el itinerario de Tlaxcala, elección acertadísima, pues si hubiera preferido el paso por Cholula, los mayores desastres habrían despedazado su pequeño ejército.

Cortés envió al senado de Tlaxcala una comisión á fin de solicitar el paso por su República para ir á México donde tenía que conferenciar con el emperador. Los tlaxcaltecas, que habían recibido extensos informes acerca de los extranjeros, conferenciaron detenidamente, decidiéndose por la negativa.

Instó Cortés rápidamente, proponiendo la paz, que los tlaxcaltecas rechazaron obstinadamente. Entonces Cortés avanzó con su puñado de héroes. Por su parte los tlaxcaltecas alistaron un ejército muy numeroso y mandado por sus capitanes más bravos y aguerridos. Según las noticias más fidedignas, las fuerzas tlaxcaltecas alistadas para detener á los españoles ascendían á 50,000 hombres. Reiteradas veces propuso Cortés la paz, lo que fué en vano, pues los tlaxcaltecas al cabo de algunos días presentaron batalla, que fué muy reñida y sangrienta, resultando victoriosos los españoles. Todavía se libraron otros tres combates, en los que el genio militar de Cortés y la disciplina y valor de los suyos hicieron prodigios para alcanzar el triunfo. Jamás en el curso de la historia se había dado el caso de que tan reducido número de hombres resistiera y venciera á tan grande ejército de guerreros, disciplinados también, crecidos y nacidos en perpetuo estado de guerra. Consecuencia del desastre sufrido por los tlaxcaltecas, fué la paz que celebraron con los españoles, la sumisión jurada al rey católico, y la alianza con Cortés, que hábilmente explotó la rivalidad secular entre tlaxcaltecas y mexicanos. La historia ve en esa alianza la clave de la conquista, no precisamente por el contingente de soldados que la república tlaxcalteca prestó á Cortés, sino porque contando éste con la amistad de esa nación tuvo cubierta la retirada y un asilo seguro en sus desastres, como oportunamente lo veremos.

Después de corta permanencia en Tlaxcala, se dirigió Cortés á Cholula, distante unos 38 kilómetros de aquella ciudad, entonces muy populosa y sometida á los mexi-

canos. Fué en Cholula donde Malintzin prestó á Cortés el servicio más importante.

Los cholulteca habían recibido cordialmente á los españoles, con grandes muestras de acatamiento; mas en el misterio urdieron conspiraciones formidables para destruir el pequeño ejército de los blancos, lo que sin duda habrían realizado á no ser por una circunstancia providencial.

Habiendo acordado los cholulteca exterminar traidoramente á los españoles, cavaron hoyos profundos en las boca-calles, clavando en ellos estacas agudas, y luego taparon los huecos con ligera superficie de ramas débiles cubiertas de tierra. Esto era con el objeto de que los caballos se precipitaran en aquellos fosos. Por este orden, pusieron en práctica otros medios de exterminio, y contando con 20,000 mexicanos que había en las afueras de la ciudad, resolvieron caer de improviso sobre los españoles y asesinarlos. Una señora cholulteca, interesada en que Malintzin, ó sea Doña Marina, se salvara, le reveló la conspiración, que ella á su vez reveló al capitán de los españoles. Cortés llamó á los nobles más caracterizados de Cholula, y les preguntó si tenían queja alguna de los españoles, suplicándoles la expusiesen y ofreciendo la satisfacción. Contestaron los nobles que nada tenían de que querellarse, antes bien, ofrecían víveres y cargadores para la expedición á México. Persuadido Cortés de que se trataba de una traición gratuita, acordó los más extremados recursos de castigo. Tomó en secreto sus medidas, y al día siguiente realizó una horrible matanza, acompañada de incendio y todo linaje de destrozos que sembró el espanto en aquellas comarcas para siempre. El escarmiento fué terrible. Cortés lo juzgó necesario tanto para salvar su propia vida y la de sus tropas, cuanto para asegurar su tranquilidad en México. Pasada la memorable catástrofe, los pocos cholultecas que quedaron juraron obediencia al rey de España.

Entretanto, noticioso Motecuhzoma de cuanto pasaba, y más aún, habiendo recibido una embajada de Cortés en que éste le anunciaba que entraría á México como enemigo y no como amigo, pues había descubierto que la conspiración de Cholula era obra de los mexicanos, afligido de tamaña amenaza, envió á Cortés nuevos y grandes presentes, asegurándole que no había tenido parte alguna en la traición de los cholultecas. A la sazón las fuerzas mexicanas de la costa habían pretendido reducir á los totonaca, aliados ya de los españoles, como hemos visto, y obligarles á pagar el tributo mediante muchas crueldades. Los españoles de la pequeña colonia establecida en la primera Veracruz, salieron á la defensa de los totonaca, librando con los mexicanos una famosa batalla, en que éstos fueron derrotados.

Habiendo recibido Cortés los presentes del rey de México, emprendió su viaje á la capital del imperio, por el camino de Tlalmanalco. No pocos peligros tuvo aún que vencer el caudillo español hasta llegar á Amecameca, ciudad situada en la falda occidental del Popocatepetl. De ahí pasó á Tlalmanalco, y de éste á Ayotzingo, á la orilla meridional del lago de Chalco. En este pueblo, existente aún, así como los otros que acabamos de nombrar, recibió Cortés la visita del rey de Texcoco, que se presentó con gran pompa, saludó á Cortés en nombre del rey de México, su tío, é insistió en que el jefe español desistiera de su viaje á la capital. Pero Cortés continuó en su propósito y se puso en camino para Cuitlahuac, población cuya hermosura le encantó. Al ver la multitud de pueblos que rodeaban el lago y se alzaban en las pequeñas islas, tomó cuantas precauciones militares eran posibles y prosiguió su marcha.

Grande fué la admiración de los españoles al entrar en la ciudad de Texcoco, la mayor del Anáhuac después de México. Consideráronla doblemente grande que Sevilla, extremadamente hermosa y limpia. Torquemada asegura que tenía ciento cuarenta mil casas. La magnificencia de los edificios, la belleza de los jardines, fuentes y plazas admiraron á Cortés y sus soldados. El rey Ixtlilxóchitl salió hasta el camino al encuentro de los españoles, los introdujo á la ciudad y los alojó espléndidamente. Hubo larga conferencia entre el rey y Cortés, en que manifestó á éste sus derechos al reino de Acolhuacán y sus quejas contra el rey de México. Cortés le ofreció que sería puesto en posesión del reino y celebró alianza con él. De Texcoco se dirigió el Conquistador á México por Ixtapalápam, pasando por varios pueblos cuya fertilidad continuaba causando admiración á los españoles.

Dos kilómetros antes de la gran ciudad, en un punto llamado Xoloc, recibió Cortés á más de mil nobles mexicanos, que salieron á darle la bienvenida, operación que duró bastante tiempo. Pasada la etiqueta, los españoles, muy apercibidos, en forma de batalla, continuaron el viaje. He aquí la descripción de la entrada de los españoles en México, formada como un resumen de las relaciones hechas por testigos presenciales:

Poco antes de llegar á la ciudad tuvo Cortés aviso, dice Clavijero, de que salía á recibirle el rey de México, y de allí á poco se dejó ver con un numeroso y lucido acompañamiento. Precedían tres nobles que alzaban las manos y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la majestad, con las cuales se anunciaba al público la presencia del soberano. Venía Motecuhzoma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro que llevaban en hombros cuatro nobles y bajo un parasol de plumas verdes, salpicado de alhajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas joyas; en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas suelas también de oro, atadas con cordones de cuero cubiertos de oro y piedras preciosas. Acompañábanlo doscientos señores, mejor vestidos que los otros nobles, pero todos descalzos, de dos en dos y muy arrimados á los muros de una y otra parte de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron á verse el rey y el general español, bajaron aquel de su litera y éste de su caballo, y Motecuhzoma echó á andar apoyado en los brazos del rey de Texcoco y del señor de Ixtapalápam. Cortés, después de haberse inclinado profundamente, se acercó al rey para ponerle al cuello un cordón de oro con cuentas de vidrio, que parecían piedras preciosas, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo, pero queriendo Cortés abrazarlo, no lo permitieron los dos señores que acompañaban al monarca. Declaróle el general en breve arenga como lo requerían las circunstancias, su afecto, su veneración y el placer que experimentaba al conocer un rey tan grande y tan poderoso. Motecuhzoma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le recompensó el presente de las cuentas de vidrio con dos collares de hermoso nácar de que pendían algunos cangrejos grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuitlahuatzin que condujera á Cortés á su alojamiento y se volvió con el rey de Texcoco.

Tanto la nobleza como el público inmenso que desde las azoteas, puertas y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados y aturdidos, no menos por la novedad de tantos objetos extraordinarios, que por la inaudita dignación de su rey, la cual

contribuyó muy eficazmente á engrandecer la reputación de los españoles. Estos marchaban, llenos también de admiración, al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios y el número de habitantes, por aquel grande camino que, sin separarse de la línea recta, servía de continuación sobre las aguas del lago al de Ixtapalapa, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus ánimos la admiración y el temor de su suerte, viéndose solos en medio de un reino extraño. Así procedieron por espacio de milla y media dentro de la ciudad, hasta el palacio que había sido del rey Axayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo.

Ahí les esperaba Motecuhzoma, que con ese objeto les había precedido. Cuando llegó Cortés á la puerta del palacio, lo tomó el rey por la mano y lo introdujo á una gran sala. Hízolo sentar en un reclinatorio, semejante á los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de hermoso tapete de algodón, cerca de un muro cubierto también de colgaduras adornadas de oro y piedras, y despidiéndose cortesmente le dijo: «Vos y vuestros compañeros estáis ahora en vuestra propia casa, comed y descansad, que yo volveré en breve.»

Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artillería para amedrentar con su estrépito á los mexicanos. En seguida pasó á examinar todas las estancias del edificio para distribuir los alojamientos á su tropa.

Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él cómodamente los españoles y sus aliados, los cuales, con las mujeres y servidumbre que los acompañaban pasaban de siete mil personas. Reinaba por doquier un aseo exquisito; casi todas las piezas tenían camas de esteras y juncos de palma, con rollos de lo mismo para servir de almohadas, cortinas de algodón y bancos hechos de una pieza. Algunas tenían el piso esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores. Los muros eran gruesos y tenían torres de distancia en distancia; así es que los españoles encontraron ahí cuanto podían apetecer para su seguridad. El diligente y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una batería en frente de la puerta de palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo día por sus enemigos. No tardó en presentarse á Cortés y á sus capitanes un magnífico banquete servido por la nobleza, mientras se distribuían al ejército diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad. Este día tan memorable para los españoles y mexicanos fué el 8 de Noviembre de 1519, siete meses después de la llegada de aquellos al país de Anáhuac.

Motecuhzoma se mostró siempre muy generoso con los españoles y su capitán, y no es aventurado en la historia de México asegurar que una política menos tirante, menos informada por el terror de la que adoptó Cortés, hubiera conducido á la sumisión del imperio y la civilización de estas naciones pacíficamente, y sin que mediaran los sangrientos sucesos y la terrible serie de crueldades que sucintamente referiremos. Contábase para ello con la profunda superstición del rey, tan magnánimo como imbuido en las doctrinas de los sacerdotes. Creía firmemente que aquellos recién llegados eran los súbditos de Quetzalcoatl, el dios ausente y rey nato de los mexi, que según las profecías, debía volver á regir estos reinos, y según los oráculos, venía ya, cumplido el tiempo de la ausencia. Conforme á esa tradición, los soberanos de México no eran sino los lugartenientes de ese rey-dios á quien esperaban. Así se explica la docilidad y hasta el apocamiento de Motecuhzoma ante Cortés, la cobardía que se apoderó de su espíritu y que no le dejaba fuerzas para oponerse á ninguna de las pretensiones del conquistador, aun las más humillantes.

Visitábanse Cortés y el emperador mutuamente, pero sus relaciones pacíficas duraron bien poco. El terror invadía el corazón de los españoles, como la superstición el ánimo del monarca. Cortés advirtió síntomas misteriosos en la nobleza, y no conciliaba el sueño temiendo una conspiración semejante á la de Cholula, mucho más grave en una ciudad como México, por su topografía en medio de los lagos. Los soldados eran presa igualmente de una desconfianza sin límites. Cortés creía en la sinceridad de Motecuhzoma, pero temía á la nobleza y al pueblo. En estas circunstancias ocurriósele, para dominar el peligro, un proyecto que no lamentará suficientemente la historia, y que nosotros describiremos aquí con repugnancia igual á la que experimentarán los lectores.

Imaginó que teniendo al rey prisionero, el pueblo que tanto le amaba permanecería sujeto por el ahínco de salvar la vida del soberano. Pero, ¿cómo llevar á cabo aquel atrevido pensamiento, ni con qué pretexto, cuando cada día eran mayores las bondades del rey para con sus huéspedes, cada día más preciosos los regalos y más indiscutible la sinceridad del afecto que les prodigaba? Un atentado semejante violaría en el mismo grado las leyes de la gratitud, de la decencia y del buen sentido. Pero, ¿de qué no ha sido capaz el temor?

Cortés maduró su proyecto, y una mañana se dirigió á palacio en compañía de veinte soldados. Pidió audiencia, fué recibido en el acto con los mismos refinamientos de cortesía que siempre, y apenas hubo tomado asiento manifestó al rey que había tenido noticias de cómo la colonia de Veracruz había sido atacada por los mexicanos y muerto el gobernador Escalante de resultas del ataque. Agregó que esto no podía haber sido sino por orden de Motecuhzoma, y que siendo éste el responsable, ni tenía garantías de su lealtad, ni podía dejar impune ese delito, lo cual desagradaría sobremanera al soberano de los españoles. Motecuhzoma se atribuló y procuró sincerarse completamente, ofreciendo al efecto mandar llamar al jefe mexicano y entregarlo á Cortés en el acto para que hiciera justicia. Y uniendo á las palabras los hechos, llamó á un ministro y le dió órdenes terminantes á ese respecto. Pero Cortés agregó que mientras se hacían las averiguaciones del caso, era indispensable que el rey pasara preso al cuartel ocupado por los españoles. Malintzín, que como de costumbre acompañaba á Cortés sirviéndole de intérprete, expresó al rey en mexicano la orden que daba Cortés. Turbóse el semblante de Motecuhzoma; sintió que un dolor de muerte embargaba su ánimo, y aun asomaron las lágrimas á sus ojos, al verse objeto de tan grande tropelía; pero instando Cortés, el rey mandó disponer la litera para ser trasladado, y exclamó con la mayor amargura:

"Pues que así lo quieren los dioses, así sea."

Temiendo un alboroto en el pueblo, dijo á su corte que, deseando dar una prueba